



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, | Un año.....\$ 10,,
Seis meses....\$ 5-25 | Núm. suelto.....,, 25

Habana 25 de Junio de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 | Un año.....\$ 12-75
Seis meses....\$,,, | Núm. suelto.....,, 30

Núm. 34

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Serenata, por Juan de Austria.—Un buen Juan, por Juan Centellas.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuacion), por Juan Sin-Tierra.—Boceto á la pluma de JUAN PALOMO, por Juan de las Viñas.—A JUAN PALOMO en sus natales, por Juan Soldado.—¡Al avío! por Juan Perez.—La velada de San Juan (cuento de la villa), por Juan A. Viedma.—Sartenazos.—Felicitaciones.

Caricaturas, por D. Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Lo tengo tan presente como si hubiera ocurrido hace una hora, y estoy convencido de que ustedes, ¡oh amables suscritores! no lo han olvidado tampoco. Hay cosas que son como los préstamos de dinero, que no se olvidan nunca.

El año pasado, tal día como hoy, el día de mi santo (con el permiso de ustedes) del glorioso San Juan Bautista, tuve el honor de ofrecer al respetable público un banquete en este mismo sitio.

¡Qué esplendidez, qué lujo y qué cocina tan excelente *derroché* en aquel acto!

Por supuesto que hice los honores de la mesa con la *galantería, finura*.... etcétera, que el argumento requiere, y que recibí á los convidados con una *amabilidad* y un *agrado* dignos del premio gordo de la lotería.

Para hablar de mi banquete, he usado la fórmula acostumbrada en los periódicos de elogiar la *amabilidad* del anfitrión, como si fuera posible que el que recibí convidados los tratase á garrotazos ó puntapiés.

En fin, cosas de la costumbre, que yo no he de reformar.

El caso es que mi santo bendito vuelve hoy á presentarse en el mundo, provisto de su correspondiente pasaporte, con cédula de vecindad para identificar su persona y para que no le suceda lo que á un sujeto, que viste de morado y que vino en el vapor "Missouri."

Ahí está, anunciado previamente por el olor y el calor de muchos trastos viejos, quemados en elevadísimas hogueras, y llevando su acostumbrada piel de carnero sobre los hombros, su borreguito á los piés y la cruz en la mano.

Lo que no ha de traer este año es su antigua afición al Jordan, en vista de que otro Jordan anda por ahí desacreditando á la clase de los jordanes.

Entre el Jordan amigo de San Juan Bautista y el Jordan amigo de Aldama, hay una grandísima diferencia. El primero tenía una agua muy buena, como que todo lo purificaba: el segundo tiene muy *mal vino*.

Pero no es esa la cuestion: la cuestion es que siendo yo un caballero y ustedes muchos caballe-

ros, la leyes de la caballería me ponen en el caso de obsequiarlos nuevamente.

No se ha de decir que yo me aparto de lo que es justo y regular. Nada de eso: hoy pago yo y me pertenecen ustedes en cuerpo y alma, señores suscritores, para que les obsequie por arriba y por abajo, por activa y por pasiva.

Pero no se figuren ustedes que voy á darles otra comida; nó, señor. Si nos pusieramos á comer, nos pareceríamos á los hombres políticos de España, que se han propuesto arreglar el país comiendo en la fonda; y, francamente, en vista de lo que está pasando en el Congreso, maldita la gana que tengo de parecerme á nadie.

Les dejo el estómago libre: si quieren ustedes ponerlo como para una solemnidad, no tienen más que dejarlo sin comer. Pronto verán sus *paredes* adornadas con un cuadro: el cuadro del hambre.

El obsequio de hoy es para los ojos. El año pasado atendí al paladar, es decir, al gusto; este año á la vista; el año que viene será al tacto.

El mejor obsequio para ese sentido será poner á disposicion de mis suscritores una docena de laborantes redomados, para que los apabullen.

¡Ensánchate, corazon! ¡Qué obsequio! eh?

Aquí ofrezco á mis amigos un poliorama de lo que no se ha visto.

He reunido una coleccion de estampas....— Hombre no se sonria usted maliciosamente; á aquel le digo, á aquel señor gordo, que está haciendo muecas: no hablo de estampas.... de la heregía, por eso no figuran ni doña Emilia, el mari-macho, ni el mari-hembra de su esposo.

Son estampas que representan sucesos de actualidad de los más fresquitos....

No se vuelva usted á reir, hombre: no es una fábrica de abanicos ni una copa de sorbete lo que voy á enseñarles: hay muchas clases de frescuras.

Pasen ustedes adelante y uno á uno vayan asomando las narices, con lo de más arriba, por esos agujeros y verán las grandes cosas del día.

Primer agujero.

¡Magnífico cuadro! fijarse bien, caballeros: un campo verde, muy verde, apetitoso para cualquier manbí. A lo léjos, una palmera y debajo un ganso: ustedes creerán que lo que hace aquel animalito es una *gansada*. Pues, nó, señor; lo que parece *gansada* es una epístola de Céspedes.

Apliquen ustedes el ojo y verán lo que dice:

"Allá en los bosques seculares en que vagaba yo durante los primeros años de mi niñez, oía con placer resonar en mis oidos los nombres de Bolívar, Paez...."

Mírenlo ustedes: materialmente se le vé haciendo el vago en los *primeros años* y tambien en los segundos, y fijando mucho, mucho la vista, y abrien-

do los ojos un poco más, hasta en los *terceros años* se le vé haciendo lo mismo.

¡Ojo!

"Y cuando mi madre me arrastraba por la mano...."

¡Arrastrado! ¡arrastrado! Siempre dije yo que Céspedes era un *arrastrado*.

Vuelvan ustedes la vista hácia la izquierda, que es donde está el lado patético:

"Y con estas impresiones inexplicables del niño, me asaltaban otras muchas, de que ahora me doy cuenta por las palabras que sin duda se escapaban, en el hogar doméstico, á mi padre, cubano puro, y patriota que aún hoy, si viviese, á pesar de sus 70 años, tomaría el fusil para ayudarme en una empresa á que él mismo me habia preparado."

Positivamente! si el padre del héroe de la Demajagua no es insurrecto en la actualidad, no es por nada, sino por el inconveniente de haberse muerto.

Hay gentes que no saben ni siquiera ser oportunas para morir.

Fijarse mucho, caballeros, en aquel claro de luna que tiene el cuadro. Es lo mejor del dibujo, por lo ménos lo expresado con más verdad.

Mire usted ahora, mire usted:

"Es verdad, que pobrememente armados, tenemos que retirarnos algunas veces ante las fuertes columnas de los españoles, y esperarles en posiciones favorables."

¿Qué tal? Cuando yo dije que era una cosa de mérito la *claridad*.... de la luna, estaba en lo seguro.

Pues esa carta que ustedes habian tomado por una *gansada*, la dirige Céspedes al viejo y *ruinoso* general venezolano Paez, para decirle esto, lo otro y lo de más allá.

Vaya el final:

"Deseo volver á ver letra de usted; pero sin tratamiento, no solo por ser de más franqueza entre conciudadanos (que por tal considérola á usted entre nosotros) sino porque no los usamos los demócratas de Cuba Libre."

Está claro! para darle al *Presidente* el tratamiento que merece, es preciso inventar una palabra nueva, porque las que se encuentran en el diccionario á propósito para él son.... vamos, son flojas.

Un poco de música, y pasemos á otro cuadro.

Segundo agujero.

Esta vista se llama: *La armonía cubera ó los trapitos al aire*.

¡Qué colorido tan sublime! Qué toques tan admirables! y qué garrotazos!

En el fondo hay una casita, por cuya chimenea sale un humo muy denso. ¡Qué bien pintado! El humo *está hablando* materialmente.

Ese humo es la vanidad de un tal Armas y Céspedes.

Allá vá él corriendo á todo escape, casi *desbocado*, y aquel que lo persigne amenazándolo con un folleto, es Francisco Javier Cisneros.

El folleto se llama *La verdad histórica sobre los sucesos de Cuba*, y es cosa digna de leerse.

Armas vá hablando, pero hablando con los piés. Chist! esto lo dice por los *caballeros* de la Junta.

"Siempre con dos caras, como Jano, hacian á sus explotadores de Madrid las más expresivas protestas de españolismo y al mismo tiempo aseguraban á los cubanos insurrectos que estaban con ellos."

¡Qué pico de plata!

Ahí vá un chorro de palabras de F. J. Cisneros:

"Propone Armas la sustitucion de la palabra *laborante* por la de *patriota*. Es que le tiene envidia á Merchan, porque un artículo de este ha sido más popular que cuantos ha escrito Armas en toda su vida. La palabra *patriota* se deriva de *patria*: "La Patria" es el periódico que fundó Armas; luego debe variarse el nombre á los que laboran por Cuba para que la gloria alcance á Armas y no á Merchan. ¡Cuánta miseria, señor Armas! y será capaz de algo el hombre que obedece á tan mínima puerilidad!"

¡Ole!

Ello mal escrito está, pero picante tambien.

Otro cuadro:

Este se titula *Cubita Libre aplicada á domicilio*, como las sanguijuelas.

Míren ustedes, la mujer vá al Club, borda banderas, escribe manifiestos y fuma en pipa, todo á un tiempo, y el marido friega los platos y nutre al chiquitín con la punta del dedo gordo.

No se rian ustedes; son costumbres *liberales* que la *ferocidad* española no nos permite conocer.

Otro: *El héroe*.

Bembeta rodeado y relleno de laurel. Parece un estofado.

Ultimo cuadro: *El porvenir*.

Oscuro! oscuro! oscuro!

Allí se vé una canilla, descarnada y todo como está, empieza de pronto á hacer piruetas.

Y trisca, baila y otros excesos.

De doña Emilia es, positivamente de D^a Emilia.

Y *tableau*.

JUAN PALOMO.

SERENATA.

Hoy es mi santo, con el permiso de ustedes, y como es natural, quiero obsequiarle, y voy, por consiguiente, á darme una serenata á mí mismo.

Es el obsequio más *por lo fino* que puedo administrarme.

Tomo, pues, la guitarra, le aprieto y le aflojo cuerdas (ni más ni menos que haria con algunos personajes de pacotilla si los viera entre mis manos con una cuerda al pescuezo), les pego cuatro cachiporreros á la prima y al bordon con el dedo gordo y ¡viva el salero! ya estoy en disposicion de hacer una que sea *sonada*.

La curiosidad se asoma á los oídos, que son dos de las ventanas por donde se deja ver muy frecuentemente esa señora, y se dispone á escuchar: los vecinos que ocupan el cuarto principal, vulgo cabeza, de mi persona se conmueven, se agitan, bullen y rebullen, como las muchachas cuando oyen debajo de su ventana los primeros compases de una música, y yo á todo esto.... pin.... ti.... plom!.... pim.... ti.... plom! arrancando, con las uñas, á las cuerdas sonidos que llenan el aire.

¡Ah, picaroncito aire! de esta vez te pones gordo con lo que yo te estoy llenando.

Con el permiso de ustedes, voy á emitir una idea, que es todo el lujo que puede uno permitirse en estos tiempos! Una serenata, principalmente en altas horas de la noche, es la cena con que se convida al espacio; que en esos instantes en que todo el mundo duerme, debe estar hambriento de sonidos.

Después de la cena, tambien suele dársele un mondadientes, vulgo garrote, con el que á estacazo limpio acostumbran á concluirse las serenatas en algunos pueblos.

Pero aquí no puede suceder eso, porque *yo me lo guiso y yo me lo como*: me voy á dar una serenata á mí mismo; pero una serenata pacífica.

¡Pacífica! ¡ay, qué palabrita tan cara en estos tiempos! ¿Dónde se escondé esa palabra?

Sí, señor, pacífica; aunque las cosas pacíficas no estén de moda, hoy, que el que más pega es el más guapo, el más decente y el más caballero de todos los caballeros.

Pero dejémonos de caballería, que el tiempo vuela, la guitarra hace primores, la garganta está más expedita que camino recién compuesto, y las coplas están rabiando por salir del cuerpo para tomar el aire.

O que el aire las tome á ellas: hay opiniones diferentes.

Los dedos de la mano derecha hacen un trenzado con mucho primor, sobre las cuerdas: la primera se queja, la segunda suspira, el bordon ronca, las ondas de sonido, anda que andarás, van atravesando las capas (¡qué calor!) del aire, y yo empiezo á cantar:

Tus ojos, vecinita,
muerto me tienen,
y tus lábios y todos
tus menesteres.
¡Huy, remonona!
me derrites los huesos
á todas horas.

Aquí te quiero, escopeta!

En el cuarto principal de mi persona, vulgo cabeza, viven algunas ideas; pocas, muy pocas, y bastante deterioradas; porque las ideas tienen que vivir miserables, raquíticas y llenas de polvo, en estos tiempos en que lo que impera es el estacazo limpio, y el convencimiento toma la forma de rotura del esternon.

¿A dónde pueden ir esas señoritas que no hagan un mal papel?

¿A qué partido político se presentan que no les pegue un puntapié por innecesarias?

¿Quién hace caso de las ideas, cuando se han perfeccionado de tal modo las ametalladoras y demás *ingredientes* de gran consumo, que *dá gusto* ver cómo matan á la gente?

Pero me aparto de mi principal objeto. Las inquilinas de mi extremo superior oyen la copla y se despepitan por saber á cuál de ellas vá dirigida. ¡Al fin, curiosas como mujeres!

A todas puede aplicarse la coplita. Está concebida en términos tan generales (y no mambises) que sirve para todos los gustos.

Está claro! Hay personas que se derriten por acariciar la idea del bien; pero ¿no hay millares de individuos que tambien se derriten, y crecen y se ponen gordos, y hasta revientan de pura satisfaccion, prohiendo la idea del mal?

Sigue la guitarra produciendo sonidos y armonías de rompe y rasga, mientras que por la punta de la lengua echo á volar otra copia:

Si quieres que te quiera
con mucho mimo,
mata doce mambises
de cada tiro.
Y si pudieses,
en lugar de ser doce,
que sean trece.

Las vecinas aquellas de marras ya empiezan á ver claro. La idea del patriotismo se dá por aludida y salta de gozo.

Y yo me divierto, porque me estoy obsequiando de lo lindo con la serenata que me doy.

Vuelvo á rascar las cuerdas, y allá vá eso.

*Me han dicho que no me quieres;
no me dá pena maldita:
la mancha de los mambises
á garrotazos se quita.*

¡Ole con ole! mis dedos hacen más trenzados sobre las cuerdas de la guitarra que un bailarín en la noche de su beneficio.

Dicen que Quesada viene,
dicen que Quesada vá:
por mucho que venga y vaya,
nada al fin ha de lograr.

Y sigo rascando la guitarra, que echa á borbotones las melodías y los puntos altos:

Ayer te hallé en el Parque
con traje corto,
y un pié te ví primero
y luego el otro.
Es cosa cierta,
que tienes tú dos *pieses*,
segun la cuenta.

Dale que dale á la guitarra; me estoy obsequiando como corresponde al que celebra su santo bendito:

Si lo que tengo aciertas
en esta mano,
un carlista te ofrezco
como regalo.
¡Anda, salero!
pues son—¿no lo adivinas?—
los cinco dedos.

Un republicano rojo,
una suegra con mal génio
y un carlista trasnochado
son tres males verdaderos.

Mis dedos se rinden; las vecinas del cuarto principal arman una bulla y un baile, que hacen que mis párpados se cierran. Se cierran con toda formalidad y sin que les quede voluntad propia para abrirse.

Es decir, que estoy durmiendo. Y aún sigo rascando la guitarra.

Y divirtiéndome.

¡Alza, pilli! No les deseo á ustedes más sino que el próximo día de San Juan no se hable ya de mambises.... ni de otras porquerías.

JUAN DE AUSTRIA.

UN BUEN JUAN

Le vais á conocer en breves líneas.

Pero ántes, permitidme una explicacion.

Aunque no nacieron el 24 de Junio, aunque en la pila baptismal no hayan recibido el nombre del Bautista San Juan, del apóstol Evangelista, el discípulo muy amado de Jesus, y autor del Apocalipsis, ó de algun otro de los santos que así se llaman, puedo aseguráros con toda formalidad, bajo la fé de mi nombre, que este mundo y una buena parte del otro, se halla lleno de tocayos míos.

¿Cómo es eso, por qué tan prodigiosa fecundidad de Juanes? pienso que me preguntais.

Y voy á contestaros, voy á complaceros y á complacer de paso á JUAN PALOMO, que me ha encargado la exhibicion de un tipo para dar que reir á los lectores de su periódico el día de su santo.

Este último particular es el que no me comprometo á llenar á satisfaccion, porque yo no sé si los *buenos Juanes* son dignos de risa ó de llanto.

Explicaré á mi manera el asunto, hablando en particular de algunos de estos señores, con todas sus propiedades y sus defectos, con sus debilidades y su peculiar manera de ser.

Porque es menester que de todo tenga, y que lo tenga en abundancia, para merecer propiamente el dictado de *buen Juan* ó de *Juan Lanás* (dicho sea sin alusion á mi apreciable compañero así llamado).

Describir la infinita variedad de tipos que van comprendidos en ese nombre, es tarea de que no me decido á encargarme, por muchas y muy poderosas razones, y la primera y muy principal de todas, porque no cabe aquí tan larga serie de caballeros particulares como habrian de ir saliendo.

Además, que el refran lo ha dicho: para muestra, basta un boton.

Hé aquí el boton que hoy os presento.

Es un hombre bonachon hasta la pared de enfrente: dulce como la arropía, blando como la manteca de Flandes, suave como el terciopelo, candoroso como un niño de teta, sábio como don Miguel Wenceslao Enamorado, el del *Pincel Habanero*, y valiente al mismo tiempo como un mosquito ú dos.

Yo no sé si nació aquí, allá ó al volver la esquina, ni creo que haga falta este detalle para su más acabada descripcion.

Tan poco puedo deciros aproximadamente su edad, que es un tanto indefinible. Baste saber que su barba vá tomando el color de café con leche claro, y su rostro está poniéndose arrugado como un pergamino.

Su voz es atiplada como la del grillo, y su constitucion tan endeble, que el día ménos pensado se sale sin sentirlo por el cuello de la camisa.

Esto en cuanto á su físico. Por lo que hace á otras circunstancias, hay mucho que decir y no poco que callar.

Mis lectores comprenderán que para llegar á la categoría de *Juan Lanás*, han tenido que pasar muchos y muy diversos acontecimientos por la vida de mi héroe en embrion.

El primero y principal de todos, es haberse uncido á la coyunda de Himeneo.

Era una moza que parecía no quebrar un plato, pero que quebrantaba los huesos de cualquiera con su cargante fisonomía, la que le echó las redes, haciéndole entrar en la categoría de los adeptos de San Márcos.

Le vió así tan bonachon, tan blando, tan suave, tan candoroso, y dijo para su malakoff (porque en aquella época se usaban ya los malakoffs):

—Este mozo me conviene.

Y él, que sin esta circunstancia, habria quedado de espanta-bijiritas, replicó:

—Me *arrebato* con la individua.

Y el padre de ella, que era inocente (de nombre) coavino en la boda y los demás excesos que se omiten.

Y caten ustedes á Periquito hecho fraile.

El blando de génio y ella voluntariosa y ligera de cascos, ya pueden ustedes figurarse lo que resultaría.

Yo no sé quién ha dicho que el hombre es un animal de costumbres.

Sin esta última particularidad, hasta cierto punto, si nadie lo hubiera dicho, lo diría yo.

El reparo que á esta definicion pongo es que el hombre de que se trata ha de ser un *buen Juan*.

Y tambien se me ocurre una duda, que paso á formular: los que merecen ese calificativo, ¿podrán llamarse hombres?

Vamos, respondan ustedes á eso, ya que yo enmudezco para que no me llamen pesado.

Y sigo hablando de mi hombre.

Una vez que la costilla de este *buen Juan* pudo ponerse

los calzones que aquel inocentemente dejó olvidados en un cuarto, cambió de ser.

Sin duda llegó hasta su conocimiento que ciertos aduladores del sexo de faldas han querido trastornarle el sexo, hablando de los derechos que dicen se le niegan á la mujer, y que quieren que esta lo sea todo; hasta médico, hasta salvaguardia.

Sin duda llegó á sus manos algun número del *Mambi, El Cubano Libre* ú otras porquerías, y se soliviantó.

Porque es lo cierto que hasta ese día la mujer de mi hombre había sido tonta y casquivana y fea, pero con cierta vergüenza, y desde entonces.... adios, mi dinero.

El hombre vistió la saya, meció al *ro-ro* y le dió papillas, barrió la sala, el corredor y la vergüenza que le quedaba, cosió los puntos de las medias, espumó el ajiaco y sazónó el *tasajito*, llevó el apunte de la lavandera, convirtiéndose en toda la extension de la palabra, en un *buen Juan*, miéntras ella bordaba banderas con aciaga suerte, porque no llegaban nunca á su destino, acudía á clubs y peroraba, formaba una batallona para dotar á Cubita Libre de héroes en embrión y al por mayor, promovía rifas que le proporcionaban buenos beneficios, y enamoraba guapos mozos, para ser un calavera en toda la acepcion de la palabra.

Eso hacía, y.... hacia más.

Y como dijo un poeta, paisano y amigo mio, miéntras tanto aquel varon pacifísimoo á todo callaba....

Callaba y se sonreía. ¿Podía hacer otra cosa?

O puede, porque esa es aún su vida.

Una vez se permitió el lujo de empezar á enojarse. Tosió fuerte, iba á hablar, con ánimo de que se armase una marimorrena, quiso hacer valer sus derechos; pero, ¡paf! una silla asentada en su inofensiva *cholla* condenó á mi Ciruelo á silencio eterno.

Porque ya que lo solté, bueno es que sepan ustedes que mi héroe se llama don Ciruelo.

Y si ustedes lo quieren más claro: es el marido de doña Emilia Vieja-verde.

¿Le conocen ustedes ya?

¿Qué hay de lo dicho? ¿Encuentran ustedes algun reparo que oponer?

¿Nó? pues al avío.

Acabemos.

El retrato está hecho, el encargo cumplido. Si no os hace enojar, culpád á JUAN PALOMO, que ha querido que yo saque jugo de un tronco podrido, que ni para leña sirve.

Sin embargo, tiene un mérito: el de que sirva de lección, muestra y ejemplo á cuantos van por su camino; corriendo el riesgo de perpetuar las honrosas tradiciones de los *buenos Juanes*.

Y cuidado, que lo que él no enseñe, no sé yo quien pueda enseñarlo.

He dicho, y hasta más ver.

JUAN CENTELLAS.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

IX.

Impaciente por llegar á la parte interesante de la historia de los amores de mi compañero, que comprendia yo había de ser la que se relacionara con la época de la insurreccion, le exigí que abreviase las escenas simplemente amorosas; pero él, con el tono grave de los narradores, me dijo:

—Mi historia es muy sencilla, y si la desnudara de los incidentes, se quedaria como el gallo de Moron, sin plumas; si quiere usted saberla, tiene que esperar.

Ofrecíle resignarme; más todavía, le ofrecí no interrumpir el relato con observaciones que lo dilatan; y agradeciéndolo el alférez, tomó de nuevo la palabra en estos términos.

—Al siguiente día no creí prudente visitar la casa de don Gonzalo Casamayor, para no exponerme á despertar una sospecha fundadísima; pero pasé por la calle dos veces, lo cual, como era consiguiente, llamó la atención de los vecinos, de los dependientes de las últimas tiendas de la calle del Comercio, que desemboca en la Soledad, y de las negras que vendian frutas y *cositas* en la Plaza; todo el barrio, menos don Gonzalo, supo aquella tarde que yo rondaba la casa por su hija Adelina; y todos, menos yo, se apercebieron de que un ojo se asomaba á los postigos de la sala para *aguaitarme* cada vez que ponía el pié en la acera de enfrente.

Por la tarde, á pesar de la costumbre del país, no se abrieron las ventanas de la sala para dar franca entrada á la brisa, que refresca los oprimidos pulmones de los habitantes de las poblaciones, cunéandose dulcemente en las mecedoras. Aquello me hizo temer que hubiera alguna novedad en la familia, y valiéndome de la persuasion elocuente de un medio peso que puse en las ebáneas manos del calesero de la casa, que al oscurecer salía de la bodega, supe con satisfaccion, pero con

sorpresa, que todos estaban buenos. Pasó, pues, aquel día sin ver á Adelina, y no pudiendo conformarme con semejante tormento, al siguiente, armado de valor, me presenté en la sala por la noche.

—¡Ay, amigo mio! ¡qué actitud la de la familia! Hasta el inofensivo don Gonzalo me recibió con un gesto que hubiera envidiado la mismísima cara de vinagre de su esposa doña Casiana; en aquel gesto adiviné la preparacion maquiavélica del alma de la familia, que era la tuerta, y decidido á hacer frente á todas las contrariedades, me senté enfrente de don Gonzalo, diciéndole:

—He visto la casa cerrada, y temiendo que hubiera alguna novedad en la preciosa salud de ustedes, vengo á ofrecer mis cuidados, correspondiendo á la gratitud que debo.

Miróme fijamente, cortado ante la cariñosa expresion de mi cortesía, y no sabiendo rechazarla, me tendió la mano. Ya era mio; pero entró la esposa, y en su actitud neroniana comprendí que iba dispuesta á armar camorra conmigo porque me había atrevido á volver á la casa, y con su marido porque me permitía sentarme; pero no me arredré, y la buena señora, á pesar de sus arranques, se desconcertó ante mi decicion; que los más valientes ceden á la fuerza mayor.

Por supuesto, le pregunté por su salud, por la de su hijo menor, niño de diez años, por su perrita de lanas, por todos los de la casa, menos por Adelina, que obedeciendo sin duda las órdenes rigurosas de su madre, no se presentó en la sala. Viendo enarbolada la bandera negra, juzgué prudente retirarme, sin manifestar mi sentimiento; pero salí resuelto á luchar con aquella tigre de tan feroces instintos, y perdídamente enamorado de Adelina, pues es sabido que el amor se aviva con la oposicion.

Disponíame por la mañana á acudir al cuartel, cuando mi asistente me avisó que un negro me buscaba; mandéle entrar, y mi sorpresa fué grande al ver al negro calesero de don Gonzalo Casamayor, que me presentaba una carta. Díome el corazon un violento latido, pues creí que era unamisisa de Adelina; pero ¡cuál no sería mi estupor al tropezar mis ojos con un garabato estampado al pié, que después de adivinarlo, me dió por resultado el nombre y apellido de doña Casiana!

La epístola, escrita con una tinta del color de la bilis y con una ortografía del color de la ignorancia, decía:

“Cabayero, cada cual tiene sus mantas y manda en su casa. No me gustan las vicitas de los jobenes y suplico á V. que no se moleste en interesarse por nuestra salud, pues nos ha muy bien solos. Mi ija Adelina me encarga le diga que la compromete V. paseándole la caye y que tome otra direcion cuando salga. Espero que no me pondrá V. en el caso de aserle más adbertensias.”

Echéme á reír á carcajadas, y viendo que el negro dilató la bamba, sin duda para significar que adivinaba el contenido de la carta, saqué un peso, que brilló con la blancura de la plata sobre la negra palma de su mano, pasando enseguida á esconderse en el bolsillo de su pantalon.

—Oye, José, le dije siempre sonriéndome; ¿tu ama tiene mal génio?

—*L'ama* pega mucho, contestó el criollo encogiendo los hombros y cerrando los ojos, como el que oye restallar el látigo.

—¿Puedo contar contigo?

—Sí, señó, repuso acariciando por encima del bolsillo la moneda que le había dado.

—¿Quieres á Adelina?

—¡Niña muy buena!

—¿Qué ha pasado en la casa?

—Niña llora mucho poque *l'ama* tira *peyizco*.

—¡Qué salvaje! exclamé sin poder contenerme.

—*L'ama* tiene fuele!

—¿Y don Gonzalo?

—*L' ama*, dijo el negro riéndose, es un *sanana*; no es *chicha ni limoná*.

—Espérate.

Cogí la pluma, y dejándome llevar de mi buen humor, no queriendo tomar por lo sério la carta de doña Casiana, le escribí lo siguiente:

“Señora mia: me ha sorprendido la carta de usted, que no creo merecer, pues mis atenciones con la familia obtienen por recompensa dos prohibiciones tan fuertes como incalificables: cierra usted la puerta de su casa á un hombre honrado, y le prohíbe que pase por su calle. En cuanto á la primera orden, está usted en su derecho, aunque espero que se arrepentirá de su accion; en cuanto á la segunda, como la plaza de la Soledad es del rey, y como además es paso para mi cuartel, no veo la posibilidad de obedecerla, á menos que usted me abra otro camino, ó me releve del servicio, al que como militar, no puedo dejar de acudir.—Me resentiría de la carta de usted si en ella hubiera encontrado menos dureza y más ortografía.—B. S. P.—*Félix Pacheco*.”

Al entregar la carta al negro, le exigí que volviera al oscurecer con objeto de darle otra para *la niña*; y él bajó la cabeza, asintiendo, lo cual me hizo comprender que traía orden de llevarla con la reserva conveniente.

La carta de doña Casiana me contrariaba, pues el rompimiento con la familia era seguro; pero halagado con la idea de que Adelina me correspondía, encontraba un aliciente en la hostilidad de su madre, y me propuse dar una campanada, tanto más favorable para mi porvenir, cuanto que recordaba la inconveniencia de comunicarme con gentes que, segun me había dicho mi compañero de batallon, estaban marcadas por su animosidad contra España, por más que entónces no hubiera todavía motivos para poner de relieve la necesidad de la separacion de las personas, como sucedió después del grito rebelde lanzado en Yara.

Tuve la crueldad de leer á mis compañeros de armas la carta de doña Casiana, y no tardó mucho en ser la fábula de Puerto-Príncipe, lo cual llegó á oídos de la tuerta y aumentó el odio que ya profesaba á los militares, siendo causa de su vigilancia para no permitir que su hija me correspondiese; y esta hostilidad fué la que decidió más á mi favor á la pobre niña.

Cuando volví del cuartel, estudié la manera de dirigirme á Adelina para no dar un golpe en vago, pues teniendo que luchar con una madre como doña Casiana, era necesario vencer muchas dificultades; decidí, pues, echar mano de los recursos de la imaginacion para prender en mis redes aquella alma candorosa, y tracé con la pluma las apasionadas frases que repetiré á usted sin olvidar el menor detalle, porque las sé de memoria; no es posible perder el recuerdo de lo más insignificante de aquellas impresiones que trastornan la razon de los hombres; y aseguro á usted, mejor dicho, le reitero, que la pasion que en mí despertó Adelina, era la única grande, la única verdadera de mi vida, por más que haya tenido un éxito desgraciado.

Hé aquí, amigo mio, la carta que le envié, copiada del séptimo borrador que hice:

“Las impresiones del corazon no se aquilian por el tiempo de existencia que cuentan. Nó, Adelina; las pasiones no son como los árboles, que se arraigan en la tierra á fuerza de años y de resistencia; las pasiones comunicativas son efectos de una explosion de dos almas que se han buscado mucho tiempo, y que al encontrarse, obedecen á una confusion preparada. Demasiado debe usted comprenderlo, puesto que bastó un segundo, un cambio de miradas, para que nos entendiéramos, para convencernos de que nada ni nadie puede separarnos. ¿Me habrá engañado? ¡Nó! ¡el corazon nunca se engaña!....

“Barreras terribles se han levantado entre la corriente de nuestras almas, pero cuando las aguas se desbordan, no hay dique que las contenga; si es verdad que he merecido la distincion que creo adivinar en los ojos de usted; si es verdad que soy digno de un amor que sería el colmo de mi ventura, tenga usted valor y triunfaremos; lucharé con los mayores obstáculos para llegar hasta usted, y si el mundo entero se desplomara sobre mi cabeza, mi cabeza se doblaría, pero en las ruinas de mi corazon se encontraría la imagen de usted, como se encuentra entre las ruinas de un templo la imagen que se veneraba en su altar.

“Envíeme usted una palabra de consuelo, un átomo de esperanza, un síntoma de amor, y después desafiaré la muerte, porque la muerte es dulce para los mártires. ¡El amor tiene tambien su martirio, que engrandece á las víctimas!—*Félix Pacheco*.”

Satisfecho con mi carta, por lo mismo que algunas de sus frases y de sus ideas exageradas me parecian de relumbron, púseme á dar paseos por el cuarto, y acabé por convencerme de que había hecho una obra maestra, pues si le faltaba lógica y sentido comun, tenia mucho adelantado para llamar con éxito á las puertas del alma de una niña inocente, que no sabia defenderse de los cálculos de la experiencia.

Cuando volví el negro, fiel á la cita y por supuesto, á la orden de *la niña*, que esperaba ya la carta, díle esta, recomendándole mucho la reserva y la exactitud de la entrega; y á fin de que no se perdiese en el camino, coloqué encima del sobre, á guisa de sello de *certificado*, un peso en plata. ¿Cómo había de perderse la carta?

El negro salió casi bailando, como el que ha descubierto el filon de una mina de plata; y yo me quedé en mi pobre alojamiento, pensando en que si el amor de Adelina se consolidaba y tenia que entenderme con ella por medio del arte epistolar, no habria de bastarme mi exiguo sueldo de alférez para contentar al ruinoso Mercurio que nos protegía; pero estaba resuelto entónces á comer solamente tosajo, con tal de triunfar de mi pasion, y sobre todo, con tal de burlarme de la tuerta, á quien no había entrado yo por el ojo izquierdo, puesto que ya el derecho lo había cerrado la Providencia, por uno de los grandes decretos de la justicia divina.

(Continuará.)

JUAN-SIN-TIERRA.

¡POBRE JUAN!

La esposa de Juan Alber,
sin pasar un sólo día
á oír misa diz que salia,
y á Diego sólo iba á ver.
Y el buen Juan así decía:—
“¿Qué devota es mi mujer!”

JUAN DE LA ENCINA.



JUAN PALOMO —¿A donde vas?— A la manigua.
 —¿De donde vienes?— De la manigua!!



BOCETOS A LA PLUMA.

JUAN PALOMO.

Pepe Selgas, que á pesar de ser neo-católico, escribe con ingenio y travesura, hablando del talento, dice que cada individuo lo tiene colocado en una parte del cuerpo; el que toca el piano en la punta de los dedos, el bailarín en la punta de los pies, y el cocinero, ¡cosa rara! en el estómago de los demás.

Distingo, como diría aquel examinado á quien preguntaron si se podría consagrar con caldo de puchero, á falta de agua.

—Distingo, contestó el novel teólogo al obispo que le preguntaba; con el caldo que toma su ilustrísima no se podría consagrar; pero con el que nos dan en el Seminario, sí.

¡Qué tal sería él!

Distingo; los cocineros podrán tener el talento en el estómago de aquellos á quienes dan de comer, tratándose del vulgo de los cocineros, de los adocenados, de los descendientes de aquel que asó la manteca; pero hay un sér privilegiado, una excepcion de la regla general, que sin faltar al precepto de Pepe Selgas, ha sabido conciliar todos los extremos, colocándose el talento en su propio estómago.

Esa excepcion es JUAN PALOMO.

Cocinero de sí mismo, ha establecido tal corriente de simpatías entre la sartén y su persona, que forman un sólo cuerpo, uniéndosele aquel adminículo por medio de un puente invisible que vá desde él hasta su region abdominal. Por ese puente atraviesan las viandas, que son los objetos preciosos con que se dá lustre el estómago.

“Yo me lo guiso y yo me lo como.”

That is the question!

Aquella sola frase forma un tipo, es el fundamento de una escuela, puede dar nombre á una generacion.

Con ella se ha declarado JUAN PALOMO libre, feliz é independiente, diciéndole al mundo:

—Para nada te necesito, ni aún para comer.

¡Sublime desprendimiento!

Digo, y en estos tiempos en que lo que priva es comer de gorra! En estos tiempos en que una nacion tan poderosa como Prusia, ha matado gente como quien mata chinches sólo por comer algunos años á costa de los franceses, con aquellos resaladísimos cinco mil millones de la indemnizacion. Y cuando la política se halla tan revuelta en todas partes, que los congresos se convierten en plazas de toros y las plazas de toros en congresos, mejorando lo presente.

Porque, desengañémonos, la política, tal como hoy la entienden muchos, está reducida á una sola palabra: “comer.” Y yo creo, que andando las cosas, dentro de poco tendremos por más avanzado en ideas liberales al que mejor guise las costillas de ternera, y por retrógrado, al que no sepa salir del pote gallego y del bacalao con ajo y pimienta.

JUAN PALOMO, al comerse todo lo que guisa, ha fundado un sistema político nuevo para su uso particular; vamos, para el consumo diario de su casa.

Pero no adelantemos los sucesos.

Me toca hoy hacer la biografía de este célebre y popular personaje, porque nunca será mejor día para darlo á conocer al público por dentro y por fuera, por detrás y por delante, que el día de su santo; el día que está dispuesto á echar la casa por la ventana para obsequiar á sus amigos y suscritores y á las mujeres de sus suscritores y á las madres de las mujeres de sus suscritores. [Salvando la parte que tienen de suegras].

JUAN PALOMO nació el 30 de Febrero de un año que tuvo una porcion de sábados sin sol.

Vió la luz en un pueblo, cuyo nombre se ha perdido en la noche de los tiempos, sin que se haya podido encontrar, por más anuncios que se han puesto en el *Diario de la Marina* y en *La Vos de Cuba*. Sólo se sabe del tal pueblecito, que á pesar de ser pequeño, muy pequeño, tenía una poblacion exorbitante y que la iglesia era de una construccion tan extraña, que tenía puestas las campanas en el campanario.

He dicho que vió la luz, y debo añadir que con sólo verla sin quevedos ni anteojos [porque nació sin anteojos] comprendió que un tocayo de aquella señora, llamado Pepe de la *idem*, le había de dar muchos disgustos, y había de dejar una semilla mala, muy mala, que JUAN PALOMO ayudaría á extirpar.

¡Lo que tiene ser listo desde la inauguracion de la persona!

Es vástago JUAN PALOMO de una familia antiquísima, notabilísima, estrepitosísima, dignísima y apreciablesísima. Como que descende en línea recta del primer senador romano que exclamó: “¡Canastos!” cuando vió caer á César herido por el puñal de Bruto.

Y ahí tiene usted explicado por qué JUAN PALOMO profesa tan mala voluntad á todos los brutos, aunque vayan disfrazados de presidentes de repúblicas cuberas.

Fué su padre una persona muy distinguida que no tenía

ninguna gran cruz, sin duda porque no vivió en estos tiempos, que si nó, ya ya! Hoy sería casi incomprendible un sér de esta especie.

El papá de PALOMO, como era así, tan franco y tan decente, una mañana muy temprano se almorzó á su mujer. No es de extrañar, pues, que con tan buenos ejemplos de virtudes domésticas, se sintiese el chico inclinado desde su infancia, al *yo me lo guiso....* etcétera.

Aún no había llegado á esa edad en que empieza la afición á sustraer *pitillos* de la petaca del papaito para dar cuatro chupadas de contrabando, y ya había aprendido el estudio de las leyes. Principalmente las de Toro llamaron mucho su atencion, fijándose más que nada en la manera de guisar el susodicho toro y en aplicarle la salsa que le era más conveniente.

A las leyes de partida no se mostró muy aficionado: prefirió siempre las cosas enteras, y que si se partían, fuese con los dientes.

Filósofo profundo, conocedor del estómago humano y burlon de oficio, cuando veía un neo se reía, cuando divisaba un patriotero se reía, cuando encontraba uno que mirase de mala manera á España, le sacudía un palo, ó dos; segun la categoría de su persona.

Su vida ha corrido llena de amarguras y sinsabores. Claro está! en abierta oposicion con todos sus colegas los cocineros, que más contentos están cuando á mayor número de gente tienen que dar de comer, mientras que PALOMO solito se lo guisa y se lo come; figúrese usted si habrá sido víctima de la murmuracion!

Un día averiguó que el cocinero le sisaba, y quiso pegarle un puntapié en lo que tienen más atrás todos los individuos; aunque sean cocineros.

¡Aquí te quiero, escopeta! El compromiso era gordo, siendo él mismo su cocinero; y no se ha podido aún averiguar cómo salió del paso.

Otra vez se le pegó la sopa, y aburrido, decidió despedir al cocinero, pagándole ántes la cuenta. Cogió el dinero con la mano derecha y se lo dió á la izquierda, y después se lo tragó; porque, es lo que él decía, si me lo meto en el bolsillo es como devolvérmelo á mí mismo, y viniendo la devolucion de un cocinero, es una ofensa que un criado me hace á mí, que soy todo un caballero. Se fundaba!

Desde aquel día resolvió no volver á tener cocinero, y como había determinado no comer más que lo que él mismo guisaba, ayúdeme usted á sentir, quién sería la primera víctima de tan extraña resolucion.

Viéndose escualido vá ¿y qué hace? se mete á periodista, que essinónimo de poco dinero, y el día 8 de Noviembre de 1869 (¡gran día!) hizo su entrada en el mundo bajo la forma que ustedes ven: en columnas.... cerradas para todo lo que no sea patriótico, y abiertas para aquello que sea zurrar la badana á los mambises y laborantes.

Lleva su sartén cogida por el mango, eso sí, jamás se aparta de ella y frie cespeditas y aldamistas, pero no se los come. Cuando guisa á los primeros, se los hace comer á los segundos, para que revienten envenenados, y *Vicente besa*, y digo, vice-versa.

Su fisonomía es simpática; su estatura regular, tan regular, que toca al cielo con las manos cuando vé alguna cosa que no sea regular; espléndido hasta lo sumo, como que cada regalo suyo hace temblar el orbe, y á su vecino el de enfrente, sus señas particulares.... UN PESO al más.

¡Qué hombre tan extraordinario!

JUAN DE LAS VIÑAS.

A JUAN PALOMO
EN SUS NATALES.

Yo, el menor Juan de los Juanes,
que en JUAN PALOMO plumean,
yo, que las lides juveniles
abandoné por la guerra,
con el único consuelo
de que una ú otra tarea
es para mal de mambises
y hacen más balas que velas,
aquí estoy, mano en la gorra,
sin fusil ni cartuchera,
con premiso del *tiniente*,
don Gil Bombas Petroleas,
á quien parte por escrito
dile anoche en la retreta
de que hoy, día de SAN JUAN
celebramos *asamblea*
todos los Juanes aquellos
que salimos de la imprenta
pintados por *Don Junípero*
el año que atrás se queda;
y que si faltó á la lista
me dá PALOMO *baquetas*,

pues su santo es hoy ¡canastos!
y él, que de atento se precia,
quiere vernos reunidos
en persona, y no en tarjeta.
Cada Juan, segun presumo,
le aportará su colecta
en verso, en prosa ó en lápiz
para surtir la despensa,
á fin de que pueda dar
una comida selecta,
preparada en la sartén
donde frie la paciencia
á los insur.... y á los labor....
rectos ántes y hoy en guerra.
Yo tambien le traigo un poco
de arroz, tocino y galleta,
que el *furriel* llama *racion*
de etapa, clase novena,
y yo la llamaré *única*,
pues de otra jamás se pesca.
Mas soy *soldado* filósofo,
y en mis ratos de *trinchera*,
me divierto, comparando
con la pandilla insurrecta
estas tres clases de viveres,
echándome así la cuenta:
el arroz á los mambises,
mucho bulto y poca fuerza;
el tocino con Aldama,
que dá grasa á la paella,
y la cara de Bramosio
tiene usted en la galleta.
Si dan, por *extra*, aguardiente,
recuerdo á Pancho Aguilera,
y así que tocan á rancho,
digo, cogiendo en la diestra
una cara de Bramosio
y el Aguilera en la izquierda:
—¡Vamos á comer mambises
con Aldama, gente buena!
Pobre plato, PALOMITO,
presento por propia prenda;
pero puedes prepararlo
propinándole pimienta
para paladares puros,
patriotas por procedencia,
(y ya se acabó la *pe*,
seguiré con otras letras);
pues como fbamos diciendo,
tú harás lo que te parezca,
aunque mejor es *botarlos*,
[los hombres, no la menestra],
porque quien mambises coma,
no cabe duda, revienta.
¿Para qué sirve un mambi?
Ni para hacer *ropa vieja*.
Además, son tan escasos
los que por el mundo ruedan
y andan tan *trasconejados*,
que ni con candil se encuentran.
Uno quise yo mandarte
para que tuvieras muestra
de esa trashumante raza,
y anduve leguas y leguas
sin toparme con ninguno,
aunque imposible parezca.
Y tú, caro JUAN PALOMO,
¿con qué regalillo piensas
celebrar á tus Juanitos?
Esperando estoy respuesta;
dila pronto ó me las guillo
otra vez á la trinchera,
porque allí hago yo más falta
que en la literaria arena,
y si no vuelvo muy pronto,
me dá el señor Petroleas
por desertor ó *pasado*
á las filas *cespederas*,
¡y eso tendría que ver!
Adios, dame la *contestata*
por el alambre marino
ó por la posta primera,
y entre tanto, te deseo
salud y muchas pesetas.

JUAN SOLDADO.

¡AL AVÍO!

El artículo que me propongo escribir hoy, quiero consagrarlo á mi patrono San Juan; será un artículo *enjuanado*.

como diz que se hallaba el célebre D. Tomás de Iriarte al poner el punto final á su magnífico soneto *A Juana*, segun confesion propia.

Y ¡vaya si lo escribiré! Como que no hay otro dia en todo el año que tenga para mí tantas castañas, quiero decir, tanto salero, como el del bendito Bautista, cuyo nombre llevo, y á mucha honra.

Ustedes, haciendo gala de buena crianza, deberian decirme: —“Que lo gaste usted con salud y que sea por muchos años,” —á lo cual yo contestaría; —“Amen:”—conclusion nea.

Pues como iba diciendo: mi padrino, que era un buen Juan, tuvo una idea feliz en darme su propio nombre al sacarme de pila; verdad que era todo lo suyo que él podia poner á mi disposicion, porque un olivar que le dejó su padre, se lo quedó su tío por una equivocacion, y luego pasó á poder del señor alcalde en pago de ciertas contribuciones sábiamente impuestas á los ingobernables olivos, que vegetan á sus anchas en aquella tierra de Dios, como si este celestial propietario no tuviera en la tierra celosos mayordomos que les ajustaran las cuentas.

Prosigo mi historia.

No estuve yo de entera conformidad con la eleccion de mi nombre en el acto del bautizo, porque segun la pintoresca frase de mi padrino, me eché á llorar como un demonio, y no cambié de tono hasta que no me encontré á gusto mamando á dos carrillos; desde entónces, ¡parece mentira! conservo esa costumbre. ¡Tan cierto es que el que no llora no mama!

Pero cuando me ví mozo completo, y no mal plantado, segun opinion de mis vecinas y del cura de la parroquia, al que yo ayudaba á decir la misa y á beber el vino, santo varon que estaba fuertemente empeñado en hacerme guardia civil, me regocijé de llamarme Juan, convencido de que un Juan sirve en este mundo para todo, hasta para marido, y de que la casta de las sanguinarias Herodías habia desaparecido por completo; efectivamente, en nuestro siglo no se hallan mujeres capaces de hacerle á un buen Juan el flaco servicio de quitarle la vida; hoy se contentan con llevarle la bolsa, lo que no deja duda de los muchos puntos que calza la humanidad contemporánea en achaques de progreso.

No ha existido lio espiritual ni mundano *belen* en que no se haya metido un Juan hasta la pretina; prueba de ello es que los ha habido pontífices y cabecillas, reyes y recaudadores del fisco, ministros de la Gobernacion y directores de *murga*; hasta la cínica señora que logró ser Papa, así como suena, tuvo la excelente idea de llamarse Juanita. ¡Bonita estaria mi señora doña Juana con la pontifical tiara! Bien que esto vá en gustos; cualquier dama decente tiene el derecho de elegir el peinado que mejor le caiga; ahora están privando las castañas, que aumentan en hermosura segun se desarrollan sus proporciones; la más monumental tiene más garbo, y no importa que cuesten un ojo de la cara, porque estas las pagan los que está de Dios que paguen siempre el pato, bajo las diferentes formas que se lo presente la habilidad femenina.

Muchos altos personajes de los que hoy se usan no lograrán pasar á la posteridad por no tener un nombre patronímico tan propio para el caso como el mio. Si Napoleon III se llamara Juan, las generaciones futuras le conocerian por *Juan el Perdid*, y con justicia, porque le hemos visto perder todo lo que le han querido ganar; Victor Manuel, dejando á Turin por Florencia, ó Florencia por Roma, ó Roma tal vez por los antípodas, mereceria, á llamarse Juan, el mote de *Sin-Tierra*; y quién disputaría á cierto Paco el nombre de *Juan Lanas*, que ha sabido ganar pacientemente durante largos años de merecimientos? Sin embargo, más que Paco, este se llamó siempre Andana, y ya saben ustedes lo mucho que ha lucido el pelo con el cambio.

El dia de San Juan es el más alegre, el que goza de más justa fama entre los cristianos; y no digo el más *popular* porque esta frase la tienen monopolizada los gacetilleros, que no dejarán de exhibirla en el momento crítico, como vienen haciendo todos los años por la misma fecha desde que se escriben gacetillas.

Las abluciones parciales y generales tienen este dia una virtud especial, porque recordando á las sagradas ondas con que el Bautista redimió el pecado original, se tiene por seguro que se purifica el alma echando el cuerpo en remojo; no será yo quien trate de desvirtuar esta sencilla creencia, alimentada por una fé sublime y salvadora; al contrario, pienso utilizarla. Pido que el dia de San Juan se propine una general zabullida á cuantos insurrectos, laborantes y presentados se les pueda echar la vista, en medio del canal de Bahama, donde deberán permanecer lavando sus conciencias durante las veinticuatro horas en que por mediacion del santo usurpan las aguas las atribuciones de los quita-manchas: pasado este tiempo, se les secará con mucho cuidado y se les prodigarán todas las atenciones que reclama su improvisada pureza. Este es el único medio de que la enmienda sea sincera y fructífera, cosa que sólo puede conseguirse por un milagro de Dios.

No falta quien asegure que echando un huevo en un barril lleno de agua, el dia de San Juan, se ven figuras raras, caprichosas; hay quien haya visto un buque, formado del huevo; de modo que el que ese dia almuerce tortilla, corre peligro de producir toda una escuadra, pasado el importante período de la digestion.

El dia de San Juan se presenta en la Península con su obligado acompañamiento de hogueras, corridas de toros y giros campestres. A las primeras soy aficionado, con perdon sea dicho de *El Comercio* de Sagua y de todos los ilustrados apóstoles del sentimentalismo moderno; yo, como dijo el otro, “conozco la razon, la siento y callo,” pero aunque callando, me largo á los toros cuando los hay, se entiende, poniéndome del revés la montera de la civilizacion; y una vez allí... ¡Olé, vivan la gracia y el rumbo de mi tierra! ¡Vivan los mozos de buena sombra y las mozas macarenas!....

Y no hay remedio, yo soy así.

En cambio, las hogueras de San Juan y San Pedro no me hacen feliz, porque me traen á la memoria los tiempos de la inquisicion, de la insurreccion cubana y del cólera, estas tres epidemias á cual más dañina; con todo, las hogueras aquí podrian tener una aplicacion útil; todo sea que nos decidamos á hacer un acto de fé con los *mambises*; y esto no crean ustedes que es quererlos mal, sino simplemente pagarles en igual moneda sus buenas intenciones.

En esta *siempre fiel* Isla, San Juan es celebrado de distinta manera que en la Península; hay tambien corridas, pero no de toros, sino de *patriotas*, sirviendo de redondel las maniguas de la *pátria*. Los *ensabanados*, en los departamentos Central y Oriental, y los deliciosos tangos que llamamos danzas, hacen todo el gasto: esto sucedia en aquellos venturosos tiempos en los que aún no se habia inventado la palabra *mambí*, ni se conocia el utilitario procedimiento de las presentaciones ecuestres; no digo que hoy no suceda lo mismo, pero sin duda en menor escala, porque hay que echarse la siguiente cuenta: Para *ensabanarse*, lo primero que se necesitan son sábanas, siguiendo la inflexible lógica del que dejó probado que el pan entraba como indispensable elemento en la composicion de la sopa, y es aventurado suponer que existan sábanas allí donde no se tienen camisas; esto bajo el punto de vista económico, que considerada la broma por el criterio político, ya es otro cantar, porque los *ensabanados* se tapan el rostro á cal y canto, y yo quiero que digan á donde irémos á parar si dejamos que se tapen la cara las gentes en una tierra en que aún á cara descubierta es preciso andar á cachetes para poder vivir.

Con todo, no hay duda que el dia de San Juan respira contento y derrama por todas partes luz y alegría; digo, si no llueve, porque entónces tambien derrama agua. Hoy, que todos tenemos la manía de ser grandes, para ser *mejor vistos*, quiero cercenar algo á la humana grandeza para condecorar á mi patrono, al que llamaré en su dia San Juan el Grande.

La Redaccion de JUAN PALOMO está de pláceme; es la madriguera literaria de multitud de Junes, muchachos de provecho, capaces de tenérselas tiesas con el lucero del alba; yo los saludo cordialmente como buen compañero, y con marcada preferencia á JUAN PALOMO, mi querido director; desde aquí recibid todos el afectuoso recuerdo de

JUAN PEREZ.

Cárdenas, Junio, 1871.

LA VELADA DE SAN JUAN.

Está el engaño á la lisonja asido.
(R. DE MEDINILLA.)

I.

Para templar los pesares
de un rey á festines dado,
no hay hombre como el privado
conde-duque de Olivares.

Y para hacer entre flores
más alegres los festines,
hay en el Prado jardines
con grutas y cenadores.

Y en fin, para que la fama
divulgue las fiestas luego,
está el *aseado lego*,
cual Góngora á Hurtado llama.

Absorta la villa queda
cuando á una velada abiertos,
decora el Conde los huertos
de Monterey ó Maqueda.

Y allí, bajo los doseles
que forman fragantes ramas,
se encuentran las nobles damas
con los hidalgos donceles.

Que allí la lisonja ciega
y allí la Riquelme admira,

y allí arrebató la lira
del fénix Lope de Vega.

¿Qué importa la adversa suerte
de España en Italia y Flandes,
si se divierten los grandes,
si el monarca se divierte?

II.

Noche breve, noche amena,
Eden para amar formado,
es el viejo angosto Prado
de San Juan en la verbena.

Por las verdes enramadas
dilatan los libres vientos
promesas y juramentos,
y quejas y carcajadas.

Y á los confusos rumores
y á los alegres cantares,
unen sus gritos millares
de resueltos vendedores.

Allí el soldado que un dia
probó en Flandes su bravura;
allí la franca hermosura,
solaz de la *Morerka*.

Allí en alegres corrillos
los histriones principales,
delicia de los corrales
de la Pacheca y Burguillos.

Allí la gentil tapada,
allí el galan pependicero,
allí el alcalde severo,
y allí la dueña tocada.

¿Qué importa que haya en Castilla
capricho en lugar de ley,
si cual la córte y el rey
sueña en festines la Villa?

III.

La noche huyó, abandonadas
halló del alba el reflejo
las calles del Prado viejo,
del jardín las enramadas.

Sólo quedó un embozado
de espada con vaina abierta,
parado frente á la puerta
del jardín engalanado.

Y fija en él la mirada
y oyendo el himno sonoro
con que las aves en coro
saludan á la alborada:

“¡Brava fiesta! dijo al fin,
la córte del rey poeta,
los láuros de la goleta
cultiva en ese jardín.

“No llega al sólio jamás
del pueblo humillado el grito....
Ya lo sabe el favorito,
quien más miente, medra más.”

Se abrió del jardín la puerta,
en busca del embozado,
cruzó otro galan del Prado
la angosta calle desierta;

Y al encontrarse los dos,
dijéronse en franco alarde:
—Quevedo, que Dios os guarde.
—Mendoza, que os guarde Dios.

JUAN A. DE VIEDMA.

SARTENAZOS.

Ojo, lectores míos, que el Cristo es de plata.

Y digo que es de plata porque un escudo de idem, ó sean cincuenta centavos de peso, cuesta cada papeleta de la rifa patriótica y benéfica, porque una parte de su producto se destina al socorro de los inutilizados en campaña, que se está haciendo en la Administracion de este periódico, fotografia de Cohner y otros puntos.

¿Y qué rifa es esa? preguntarán ustedes.

Y yo contesto:—La de los cuadros al óleo, pintados por nuestro amigo, el artista andaluz José Moreno Fuentes, que representan *La Guerra* y *La Paz de Cuba*.

Conque, caballeros, á adquirir el mayor número de papeletas, porque con ello realizan ustedes una obra meritoria, contribuyendo á aliviar la suerte de los que hayan sido víctimas de los percances de la guerra.

Y además, que los referidos cuadros, segun en otra ocasion hemos dicho, son dignos, como obras de arte, de que procuremos dispensarles el mayor favor posible.

